Japón y el camino a la Modernidad: La Restauración Meiji y su tránsito hacia el proceso occidentalizador

Lenin Guaicaipuro Altuve Hernández
Universidad de Los Andes
Mérida-Venezuela
leninalt@hotmail.com

Resumen

Este artículo se propone mostrar la relevancia del proceso de inserción de la nación japonesa en la dinámica occidental, dadas sus particularidades históricas, culturales y geográficas dentro del continente asiático. Este proceso comienza con lo que se ha llamado la Restauración Meiji. A partir de ahí se analizará las consecuencias que este cambio abrupto trajo en la forma de vida de los japoneses, sus instituciones, su economía, su cultura y su relación con el mundo occidental.

Palabras clave: Japón; Occidente; Tradición; Modernidad; Restauración Meiji.

Japan and the path to Modernity: the Meiji Restoration and its transition to the Westernizing process

Abstract

The following article proposes to show the relevance of the process of insertion of the Japanese nation in the Western dynamics, given its historical, cultural and geographical peculiarities within the Asian continent. And that begins with what has been called the Meiji Restoration. From there, we will analyze the consequences that this abrupt change brought on the way of life of the Japanese, their institutions, their economy, their culture and their relationship with the Western world.

Keywords: Japan; West; Tradition; Modernity; Meiji Restoration.

Recibido: 14.12.17 /Aceptado: 28.12.17

1. Introducción

El llamado proceso de occidentalización japonés ha tenido diversas etapas y connotaciones a lo largo de su historia. Sus orígenes datan desde la llamada Restauración Meiji (1868), momento en el cual Japón sufre un cambio en su estructura social y política, que repercutirá de inmediato en el ámbito económico y cultural, abriéndose a Occidente y logrando insertarse en la dinámica mundial. Los diversos tratados económicos, políticos, militares y diplomáticos dan cuenta de un progresivo avance en las relaciones del pueblo nipón con los países europeos y los Estados Unidos de Norteamérica (no pocas veces tensas). Estas relaciones vinieron acompañadas de un inevitable contacto que no siempre fue armonioso, y con una desfavorable inclinación de la balanza sobre todo para el lado más atrasado tecnológicamente hablando y con menor poderío militar. Las alianzas desiguales que se dieron en distintos espacios temporales, evidencian la situación vivida por la nación del sol naciente en un período de su historia en el que comienza su acercamiento al mundo occidental.

Sin embargo, Japón supo servirse de su encuentro con Occidente al obtener beneficios que se traducirían en la conformación de una nación poderosa frente a sus vecinos asiáticos. A raíz de esto comenzaron a generarse contradicciones en el seno de su sociedad, que desembocarían en serias disputas ideológicas entre los sectores que acogían con entusiasmo las nuevas ideas occidentales en el ámbito político, económico y cultural, y aquellos que vieron con recelo las mismas, sintiéndolas como una amenaza a sus tradicionales instituciones y modos de vida.

2. Occidente llega en barco

El intercambio entre las culturas nipona y occidental había tenido lugar durante muchos años atrás y de distintas maneras, aunque de forma precaria, marginal e interrumpida. Dentro de estos contactos esporádicos y aislados, no hay que dejar de nombrar al menos de forma sucinta, los ocurridos fortuitamente por medio de naufragios venidos de Occidente que, con cierta regularidad llegaban a las costas japonesas. Ese contacto se fue acrecentando debido a la actividad marítima que con mayor frecuencia se forjaba en el Pacífico, como la caza de ballenas y las actividades comerciales entre China y los países europeos, amén de los Estados Unidos, sin dejar de lado el monopolio comercial ejercido por el shogunato con portugueses y posteriormente holandeses, quienes estaban confinados en un islote cerca de Nagasaki; así como el periplo

emprendido por los cristianos durante el siglo XVI y XVII, con principal protagonismo de la Compañía de Jesús.[1]

El episodio acaecido el 8 de julio de 1853 en la bahía de Tokio, ha sido ampliamente recogido por la historiografía de y sobre Japón. El almirante Mathew Perry de la Armada Norteamericana, llegó al mando de cuatro poderosos navíos, con instrucciones del presidente de su país para exigir el inicio de las relaciones comerciales entre Japón y los Estados Unidos de Norteamérica. Está acción poco diplomática por parte de los estadounidenses, supone el primer ejercicio de injerencia sobre la soberanía nacional del territorio japonés. La llegada de "Los Barcos Negros" a las costas japonesas marcaría un cambio de época en la historia de la nación del sol naciente. Un poema *Tanka* (canción corta) de la época, expresa perfectamente el sentimiento de la población que sabía que su nación, con la llegada de los barbaros, estaba sufriendo un cisma en su modo de vida. "Los barcos de vapor rompen el descanso de los halcones del pacífico; sólo unos cuatro barcos alcanzan para hacernos perder el sueño por las noches."[2]

Al año siguiente, en febrero de 1854, el comodoro Perry regresaría por una respuesta positiva. El 31 de marzo de ese año se firma el llamado tratado de Kanagawa, que dará inicio oficial a las negociaciones entre Japón y Occidente. Este tratado desigual suponía el inicio de concesiones por parte del *bakufu* hacia la nación norteamericana.[3]

La llegada del comodoro Perry y sus buques de guerra exigiendo el establecimiento de las relaciones con el gobierno norteamericano, dejó al descubierto una consecuencia de la política de casi trescientos años de aislamiento, que no era otra que la de la incapacidad del gobierno de lidiar con una realidad a la cual había intentado darle la espalda por muchos años. La capacidad del shogun en materia de política exterior era muy reducida, dado que sus conocimientos fuera del ámbito geográfico japonés eran pocos y se limitaban a lo referente a China y Corea. En el caso de Occidente, la mayor parte de su comprensión sobre su ciencia y tecnología provenía del contacto con los holandeses y de los esfuerzos de algunos *daimío* (la mayoría contrarios a la institución shogunal) por adoptar la educación y el conocimiento holandés o *Rangaku*. Esto, aunado a la inferioridad tecnológica-militar frente a las potencias occidentales, ponía en una situación comprometida al gobierno central, que ya de por sí tenía que lidiar con una crisis interna en todos los flancos.

Una de las secuelas de la apertura de nuevos puertos y el inicio del intercambio comercial aguas afuera que aportaría más elementos a la crisis interna, fue la escases de productos y bienes de consumo a lo interno del

territorio. Se agudizó la inflación a causa de la creación de un mercado especulativo. El Estado aun cuando intentó controlar el comercio exterior, no logró su cometido y los grandes mayoristas comenzaron a adquirir mayor dominio sobre la dinámica económica en menoscabo de los pequeños comerciantes. Un punto de inflexión que determinó la acción abierta del movimiento anti shogun, fuertemente influenciado por la escuela de pensamiento pro *tenno*, llamada la Escuela de Mito, sería la de la concreción de los tratados desiguales al que el shogunato accedió sin el beneplácito de la corte imperial y del mismo emperador, que como hemos insistido antes solo poseía un poder meramente simbólico, pero que era considerado el padre espiritual de la nación. Este error político cedería la oportunidad a los nacionalistas y señores feudales contrarios al *bakufu* a abrazar la "causa" del emperador, al menos como estrategia política (Sakamoto, 1993: 125-128).

Entre los años de 1866 y 1869, importantes acontecimientos confluyeron para concretar el advenimiento de un nuevo gobierno. Con la sucesión shogunal tras la muerte del *shogun* Iesada (6 de mayo de 1824-14 de agosto de 1858. Fue el décimo tercer shogun de la dinastía Tokugawa), el *bakufu* descansará como una espada de Damocles sobre Yoshinobu Tokugawa (el último *shogun* de una dinastía de doscientos cincuenta años), que habría de asumir las riendas de un efímero y debilitado gobierno. Paralelamente, el 23 de octubre de 1868 tras la muerte de su predecesor, asciende al trono imperial el emperador Mutsuhito (conocido como emperador *Meiji*).Un suceso acaecido en 1866, desde nuestra perspectiva, dio al traste con la poca autoridad que aún le quedaba a la institución shogunal; la petición por parte de las potencias extranjeras de que fuese el emperador y no el *shogun* el que ratificara los tratados comerciales y diplomáticos anteriormente firmados, le asestaba un golpe de gracia al *bakufu* y lo dejaba en una posición de inferioridad política frente a la institución imperial, de cara a las naciones foráneas, y dentro de su propio territorio.

3. El saldo dejado por la Restauración

Con el objetivo de comprender mejor esta complejísima fase de la historia japonesa a la que hemos pretendido adentrarnos líneas arriba, intentaremos sintetizar el legado dejado por el período Meiji como aportes inéditos a la cultura y sociedad nipona, condensándolos en tres elementos que, desde nuestra óptica, dibujan de manera más o menos fidedigna el rostro que caracterizó esta etapa y que supuso la entrada de Japón a la modernidad. Cada uno de ellos disímiles entre sí, aunque los tres, hijos del mismo proceso convulso.

El primero lo hemos llamado "La banalización de las formas occidentales". El segundo, "El impacto del humanismo como noción inédita" en la concepción y forma de vida de la sociedad, expresada en sus más amplias manifestaciones culturales. Y el tercero, "El militarismo en su forma expansionista y luego, como fase superior, el imperialismo nipón". Para el segundo aspecto quisimos circunscribirnos al impacto causado por la entrada del humanismo al universo de la literatura japonesa, por tres razones primordiales. En primer lugar, la marca que dejó el concepto humanista en todos los ámbitos de la cultura japonesa es demasiado amplia y compleja como para reducirlo a unas cuantas líneas. En segundo lugar, el plano literario como expresión de una cultura, es el vehículo ideal para reflejar el proceso sincrético asimilado por la sociedad. Y por último, al estar nuestro trabajo de investigación íntimamente vinculado al aspecto literario como fuente histórica, y siendo este la base de nuestra propuesta historiográfica, no encontramos mejor manera de guiarnos que concentrándonos en la literatura, y los cambios sufridos por ella en el proceso de "Restauración", que son por antonomasia, los de su sociedad.

La banalización de las formas occidentales. Como todo proceso de encuentro cultural, existe una relación desigual entre la cultura que traslada sus modos de vida, y la que es depositaria de ella. En el transcurso de esa dinámica, independientemente del tiempo que tarde en fraguarse, se dará necesariamente un fenómeno de aculturación producto de la influencia de la primera sobre la segunda como cultura receptora. En el caso japonés este fenómeno tendrá un fortísimo impacto, dada la condición de aislamiento que le precedió (1603-1868). La impresión que causó el modo de vida occidental, desconocido hasta entonces en el Japón de la segunda mitad del siglo XIX, se vio manifestado en la actitud de la sociedad, que más allá de ser el producto de una imposición por parte de las instituciones, obedeció en gran medida a ese elemento tan seductor que supone lo novedoso frente a una población un tanto cansada por la amplia dilatación en la permanencia de sus modos de vida, y hambrienta, como estaba, de innovación. La transfiguración de la sociedad en aspectos de la vida diaria se dio como casi todo lo que caracterizará a este período, de manera arrolladora, desembocando en la adopción de modos y formas aparentemente superficiales que tendían a rayar en lo exagerado, pero que evidenciaban la necesidad casi furiosa de cambio en la sociedad.

Esa actitud, forma parte de un período de transición en el cual se alternarán posturas extremas, de uno y otro lado, ya que como reacción a esta "banalización de las formas occidentales", estará la contraparte de un

chovinismo exacerbado, que responderá con violencia a quienes de alguna manera pareciesen "atragantarse" con el modo de vida occidental. La adopción de los patrones culturales se dio desde cuestiones tan básicas como la alimentación: por ejemplo gran parte de la población acostumbrada a comer fundamentalmente pescado, vegetales y arroz, adquirió el hábito de consumir carnes rojas en grandes cantidades, contrariando la tradición budista. Así mismo, comenzaron a pulular en las ciudades más importantes, clubes donde se escuchaban los clásicos musicales europeos, mientras los caballeros usaban fracs y fumaban tabaco. El uso de la vestimenta de corte europeo usado por las clases sociales pudientes sobre todo en la escena pública, da la sensación de que en realidad toda esta parafernalia obedecía a una puesta en escena que buscaba la aprobación de las potencias occidentales en su afán de conseguir la condición de semejantes, con fines inclusive políticos, ya que la nación aún venía arrastrando los tratados desiguales adquiridos durante los primeros años antes de la Restauración.

Esta actitud al parecer no dio los resultados esperados, ya que el repudio de los europeos por la emulación de estos patrones fue evidente. Citaremos un ejemplo que bastará para mostrar hasta qué punto eran desdeñados por los visitantes europeos estos modos adoptados por los japoneses:

> El colmo de la ostentosa actitud europeizada, la guinda del pastel de "Civilización e Ilustración", fue el gran baile en el Pabellón del Balido del Ciervo o Rokumeikan, ofrecido por el ministro de Asuntos exteriores, Inoue Kaoru, para celebrar el aniversario del emperador en 1885. El francés Pierre Loti, autor de Madame Chrysanteme, estuvo presente. Sus observaciones fueron desdeñosas y probablemente bastante exactas… Consideraba que los caballeros japoneses, vestidos de frac parecían monos y las damas, que guarnecían las paredes como una tapicería con sus volantes, miriñaques y colas de satén, eran, bien mirado <<raras>>. Procurando dar con la actitud europea correcta, los caballeros fumaban puros habanos y jugaban al whist… Una orquesta francesa tocaba contradanzas tomadas de una opereta, mientras una banda alemana tocaba polcas… pero se conoce que el baile es cosa estudiada, se mueven como autómatas, sin la menor iniciativa personal. Si por casualidad se pierde el compás, hay que detenerlas y volver a comenzar (…). (Loti, 1998:68)

La opinión del escritor francés es el reflejo de una época donde el esnobismo burgués marcó la pauta que seguiría por un tiempo una sociedad japonesa que podríamos tildar de confundida ante la avasalladora maquinaria occidental.

El impacto del humanismo como noción inédita. El humanismo, esa corriente de pensamiento surgida en la Europa del siglo XIV y XV, como reacción ante las rígidas costumbres escolásticas de la Edad Media, es para nosotros, habitantes y reproductores del ámbito cultural occidental, una condición casi filogenética. Desde hace ya varios siglos, pensamos, nos desenvolvemos, somos y nos encontramos bajo su égida. Nos es casi imposible codificar nuestros pensamientos, acciones e inclusive nuestro lenguaje sin su predominio. Sus características principales y la evolución de las mismas tales como la capacidad de deslastrarse del pensamiento dogmático teísta en función de la libertad del individuo, la postura crítica necesaria para el análisis y la interpretación de los más variados aspectos de nuestra existencia, y la puesta en duda de todo lo dado por la tradición, retomando las enseñanzas y presupuestos filosóficos griegos como vehículo, donde el ser humano es el centro y objeto de conocimiento, encuentran en la literatura occidental su más amplia expresión.

Para el caso japonés y su literatura, estas nociones eran completamente desconocidas, y si se presentaban era de forma marginal y para nada la definía. Su literatura, espejo viviente de su sociedad se encontraba para la época de la Restauración, imbuida por la tradición budista y la influencia china.[4] El budismo y su creencia en el karma y la existencia predestinada del individuo, condicionaban en gran medida la manera en que los escritores japoneses plasmaban sus ideas sobre la vida. Igualmente la gran brecha entre el lenguaje escrito y el hablado en el idioma japonés, suponía un escollo difícil de superar para el escritor que intenta transmitir sus pensamientos y el lector que procura interpretarlos.

La época conocida como Meiji, supuso un sisma en las formas literarias, y la gran cantidad de obras llegadas desde Occidente produjeron para los intelectuales japoneses una especie de epifanía que les abrió las puertas a un universo nuevo, distinto, el cual ellos sabrían, en primer lugar, devorar con gran apetito, y en segundo, apropiarse de él para luego, como es característico en esta cultura, darle su propio sello.

La palabra sincretismo es la que para nosotros define mejor el proceso durante el cual una pléyade de escritores entusiastas acogió con vehemencia las formas literarias occidentales y las adaptó a sus experiencias, su historia y su particularísima visión del mundo. Por supuesto que dentro de este proceso fueron diversas las etapas transitadas, las corrientes literarias que en mayor o en menor medida tuvieron su auge y su posterior ocaso, algunas con mayor éxito y permanencia que otras. De los diversos escritores que marcaron este período, pero que a su vez fueron reflejo del mismo, existen algunos que

por su genialidad han logrado trascender el tiempo y sus fronteras, siendo motivo de estudio y admiración en los países occidentales. Inclusive algunos superando a los escritores de los cuales bebieron para después desarrollar su propio estilo.

No podemos dejar de mencionar entre esta generación de intelectuales, a escritores de la talla de Ryunosuke Akutagawa (1892-1927). La capacidad de Akutagawa de juntar las formas más puras de la literatura japonesa, como por ejemplo la mezcla de estados de ánimo con la contemplación del medio, para luego hilvanarlas, haciendo uso de las formas narrativas importadas de Occidente, lo convierten en un escritor monumental. Los aportes de *Akutagawa* a la literatura japonesa marcarán este período y la forma de escribir de las futuras generaciones. Indudablemente que hablar de Akutagawa y de su narrativa es hablar de su tiempo, el cariz del período Meiji y el espíritu reinante de tradición y modernidad lo encontramos en su manera de narrar, novedosa a la par que tradicional. En muchos de sus escritos vemos como retoma los relatos, crónicas y leyendas más antiguas de la historia japonesa presentándolos con un lenguaje moderno, fresco, que logra salvar las distancias entre la lengua hablada y la escrita.

Este escritor imprescindible en su lectura para desentramar los numerosos elementos que afectaron de manera directa la psiquis de la sociedad japonesa desde principios de la apertura del país y su arrollador avance, es, además, manantial para aquellos que quieren beber de la historia y mitología del Japón, ya que dentro de sus múltiples facetas, se encuentra la extraordinaria capacidad de incluir en muchos de sus relatos llamados históricos (*rekishimono*), el devenir de la sociedad nipona.

Además de Akutagawa, fueron muchos los escritores que le dieron identidad al período Meiji, influenciados por las técnicas occidentales y redefiniéndolas en función de su tradición, contexto histórico y la fulgurante realidad a la que pertenecieron. Destacan nombres como Tsuboushi Shoyo (1859-1935) partidario del realismo en literatura, y pionero de los valores humanistas. Surgen escuelas literarias como el naturalismo que buscaban emular las formas europeas del naturalismo alemán, donde predomina como objeto de la escritura los problemas sociales; algunos de los abanderados de esta escuela fueron Shimazaki Toson (1873-19309) y Tayama Katai (1872-1930). Igualmente el surgimiento de grupos de intelectuales pareciese ser una constante durante este ciclo, uno de ellos fue el grupo Shirakawa, fundadores de la revista del mismo nombre, pertenecientes casi todos a grupos elitistas y burgueses; su prosa en términos generales apuntaba hacía la emancipación del individuo, la actitud reflexiva y a una profunda crítica por las ideas

tradicionalistas. Shiga Naoya (1883-1971), Aishima Takeo (1878-1923) y Mushanokoji Saneatsu (1885-1976) son sus mayores exponentes.

La apertura japonesa a Occidente, supuso de igual manera para los habitantes que poseían o encontraron los medios, la apertura de Occidente al Japón. Dentro de los escritores "hijos del Meiji", que tuvieron la oportunidad de viajar por Occidente para traer de regreso todo el verdadero conocimiento producto de la experiencia obtenida en sus viajes, queremos resaltar a dos de ellos que, dada la formación de cada uno en países occidentales distintos, encarnan en el plano literario la influencia de los postulados del humanismo y los componentes que cada región ha dejado como legado del mismo, de acuerdo a sus particularidades culturales poniendo de manifiesto el carácter heterogéneo y amplio de este concepto.

De esta manera tenemos a Mori Ogai (1862-1922), quien fuese médico de profesión formado en Alemania, traductor grandes clásicos europeos escritos por personajes de la talla de Tolstoi y Rousseau, pero sobre todo de alemanes como Goethe. Estudió meticulosamente las teorías del psicoanálisis de Sigmund Freud; bajo la influencia de este y de la mano de su conocimiento de la anatomía humana, Ogai escribe una de las obras más emblemáticas del período Meiji, *Vita sexuales* (Ogai, 2001). En esta novela Ogai introduce elementos novedosos en la narrativa japonesa como por ejemplo, el tratamiento de la sexualidad y la desnudez en el plano erótico (en Japón la desnudez cotidiana nunca fue tabú, aunque la desnudes en el plano del erotismo estuvo muy poco presente en el plano artístico y literario antes de la llegada de la Restauración). Sin embargo, su novela va mucho más allá, ya que posee una estructura más profunda. En un interesante análisis realizado por un experto en la literatura de Mori Ogai, el profesor Yoshiyuki Nakai, este encuentra al menos tres niveles subyacentes en la obra *Vita Sexualis.* El primero tiene que ver con una tendencia literaria muy usada sobre todo al principio del período Meiji, y que ha sido llamada la "Novela del Yo" (*shizenshugi shishosetsu*), influenciada por el romanticismo europeo, que tenía que ver con una suerte de relato íntimo, propio de las vivencias del autor (Ogai realizó serias críticas a esta forma narrativa, como un proceso de decadencia de la literatura nipona). Un segundo nivel de profundidad, subyace en la psicología sexual del ser humano, en donde pone de manifiesto los conocimientos conseguidos durante su estancia en Alemania, sobre todo en el campo de la medicina y el psicoanálisis. Por último, Yoshiyuki Nakai establece un tercer nivel donde estriba la maestría de Ogai, de quien Yukio Mishima entre otros, profesó una profunda admiración, reconociéndolo como uno de los más grandes escritores.[5] Nakai habla de una "técnica im-

presionista" que engloba los dos niveles anteriores, logrando transpolar a la escritura la "pintura de Monet" y la música de Debussy", donde un conjunto de pequeños relatos componen una obra mayor y acabada, reforzada por una fuerte carga irónica.

En tal sentido, hemos dejado a quien ha sido el escritor más querido y respetado por los japoneses, y quien es considerado el padre de la novela moderna japonesa, Natsume Soseki, (1867-1916). A diferencia de Mori Ogai que se formó en Alemania, Soseki tuvo su período de formación occidental en Inglaterra, en donde atraviesa un periplo verdaderamente traumático que lo lleva a cuestionar seriamente los valores occidentales, expresando animadversión por los postulados del capitalismo inglés. Su período como escritor fue tardío aunque bastante prolífico, ya que comenzó a escribir seriamente pasado los 40 años, y por una década se dedicará a escribir lo que hoy son considerados grandes clásicos de la literatura moderna.

Uno de los grandes legados dejados por Soseki es el haber sido el precursor de la transformación de la prosa japonesa, que acercó al lector japonés al lenguaje hablado con el escrito. Otra de las características presentes en el autor fue la constante crítica expresada en su narrativa a la sociedad japonesa y su intensa embriaguez por el mundo occidental.[6] En sus novelas, Soseki hace uso de recursos como el humorismo y la crítica sutil, para denunciar los estragos cometidos por el modo de vida occidental y los patrones del modernismo adoptados por los japoneses; logrando adentrarse en el subconsciente de una sociedad que sufría una crisis en su psiquis por la presión externa de un modo de vida que se les presentaba de súbito. Padecimientos tales como el vacío, la inquietud, la superficialidad, la neurosis y la ansiedad, eran síntomas que Soseki asociaba a lo que él llamaba las enfermedades propias del Japón moderno y de las cuales el mismo padecía. El campo del psicoanálisis en la narrativa japonesa fue otra de sus contribuciones a la literatura japonesa.

En sus novelas más conocidas y estudiadas, como *Corazón*, (*Kokoro)* y *Yo el gato* (*Wagahai wa neko de aru*), Natsume Soseki indaga en el profundo cambio cultural que se dio de una generación a otra y que caracterizó la reforma Meiji del Japón de principios del Siglo XX; en *Kokoro* lo hace por medio del relato de una historia de la amistad surgida entre un joven estudiante y su maestro (*Sensei*), y las contradicciones de una generación con rasgos tradicionalistas, frente a otra imbuida por el espíritu del modernismo. Y en *Yo el gato*, expone las relaciones entre el individuo y la sociedad que le rodea, haciendo uso de la sátira para poner en evidencia lo que desde su punto de vista era la ridícula clase intelectual del período Meiji obsesionada por las formas occidentales. [7]

Dentro del territorio japonés se fue creando la conciencia de que a partir de su rápido desarrollo y su actitud volcada hacia sus más profundas raíces "Espíritu japonés Tecnología occidental", se encontraba en una suerte de posición que le confería la potestad de volverse un líder dentro de la región con un "destino histórico especial". Esto cimentado en gran medida por la particularidad de que el origen divino de la familia imperial fue constitucionalizado en el de año 1889. Esta actitud se fue incrustando dentro de varios movimientos nacionalistas tanto de extrema derecha como de izquierda, generando una corriente conocida como "Japonísmo", que sentaría las bases para un posterior ultranacionalismo, llevando a Japón por la senda del belicismo como herramienta para lograr sus objetivos.[8] Dentro de las diferentes corrientes y grupos de derecha creados con esta idea de la superioridad nipona, se encontraban en su seno una gran cantidad de ex samuráis que tenían la visión de que la mejor manera de satisfacer las necesidades de la sociedad sería por medio de "*una agresiva expansión continental*".

Para lograr sus objetivos expansionistas, Japón debía primero ganar varias batallas en otro terreno, el de la diplomacia. En las últimas décadas del siglo XIX, los japoneses llevarían a buen término una exitosa campaña en este sentido, logrando establecer acuerdos comerciales en principio con China (1872), el mismo año logra ejercer control administrativo de territorios al sur: las Islas Ryu-Kyu (incluyendo la actual Okinawa); para 1875 sucede lo propio con el llamado archipiélago de Ogasawara, ubicado aproximadamente a 1.000km de la capital Tokio, en lo que es actualmente el mar de las Filipinas. Para 1875-1876, Japón logra hacerse mediante un tratado con las islas Kuriles, pertenecientes a Rusia, la soberanía de estas islas supondrán en lo sucesivo un punto de fricción entre las dos naciones hasta la actualidad.

La victoria más resaltante en el plano de la diplomacia y el Derecho Internacional, la consiguió en 1894 cuando establece el tan ansiado Acuerdo anglo-japonés, que supone el principio del fin de los tratados injustos o desiguales, las demás naciones seguirían el ejemplo de Inglaterra poco tiempo después, dándole a Japón su tan aspirada autonomía arancelaria. Por supuesto Gran Bretaña tenía intereses definidos en la nueva relaciones con los japoneses, entre otras, el servirse de Japón como un posible muro de contención frente al impetuoso expansionismo ruso. Como vemos, Japón aumentaba su protagonismo como la más influyente fuerza asiática dentro del gran juego de los imperios occidentales.

Unos años antes (1876), Japón pone a prueba su capacidad militar y su tecnología bélica al obligar a Corea mediante una incursión armada a

firmar un tratado (Tratado de Kanghwa) que abría las puertas al comercio japonés con la península coreana y alejándolo de la zona de influencia china.

La inestabilidad política en el territorio coreano influenciados por el ascendiente ejercido por parte de China y Japón respectivamente, se vio comprobada cuando debido al creciente influjo de actividad mercantil japonesa y a los interés del gobierno nipón comprometidos en aumentar sus mercados, comenzaron a introducir los métodos occidentales en materia económica y política en una Corea que se encontraba históricamente bajo el manto cultural chino. Esto produjo la ruptura de los coreanos en dos facciones o partidos, uno de talante tradicionalista favorable a China, y otro reformista adepto a Japón. Los enfrentamientos entre ambos bandos produjeron un enfrentamiento naval entre las armadas de China y Japón, y el 1 de agosto con mutuas declaraciones de guerra por parte de ambos gobiernos, se daría el inicio formal de la Guerra chino-japonesa. La victoria japonesa que ha sido catalogada por los estudiosos del tema como "fácil y fulminante", le dio la oportunidad a Japón de demostrar lo mucho que había avanzado su ejército en materia tecnológica y armamentista, pero también lo preparado que se encontraban en cuanto a táctica y estrategia militar se refiere.

En abril 1895, Japón se adjudicó la victoria autonombrándose como "Protector de Corea", lo que supuso igualmente un triunfo de su maquinaria de propaganda de cara a la comunidad internacional.[9] El tratado de Shimonoseki firmado el 11 de abril, puso fin a la guerra dejando importantes ganancias para Japón, las más importantes sin duda fueron el traspaso de la soberanía de la isla de Taiwán (conocida también como Formosa) a Japón arrebatándosela a China, y el efectivo establecimiento de un protectorado japonés en Corea. Igualmente importantes para los crecientes anhelos expansionistas de la nación japonesa fue la anexión de la península de Liaodong situada al norte del mar Amarillo (China) y de una relevante importancia geoestratégica por poseer abundantes puertos naturales. Así mismo Japón logró detentar los derechos de construcción de un ferrocarril en *Manchuria* (ubicada en la China nororiental).

El resultado de esta guerra en términos generales, fue el de la pérdida de la hegemonía china en la región así como también la agitación de las potencias extranjeras frente al creciente poderío japonés. Para Japón la victoria lo haría merecedor de la reafirmación de un ferviente nacionalismo, el establecimiento de su condición de líder asiático, sobre todo dentro de la atmósfera antioccidental que se venía creando en todo el territorio. Pero lo más significativo fue la ampliación de los mercados que permitió el cre-

cimiento exponencial de la economía japonesa impulsado por el ejercicio de la guerra. [10]

Mientras Japón aseguraba su predominio en sus nuevas colonias y afianzaba su posición como potencia hegemónica en el área, Estados Unidos de Norteamérica hacía otro tanto anexándose los territorios de las Filipinas y Hawái en 1898; en este último, el 40% de su población la constituían inmigrantes japoneses, esto generó tensiones entre los dos gobiernos, y la protesta formal de Japón frente a la comunidad occidental. Con la colonización de estos territorios que fueron el botín de guerra del conflicto hispano-americano, Norteamérica aseguraba su área de influencia en el Pacífico, lo que traería como resultado una inevitable confrontación entre las dos potencias en los años venideros con consecuencias catastróficas.

El sentimiento anti occidental presente en el Oriente Extremo impulsaría a movimientos radicales a tomar acciones violentas en pro de expulsar toda influencia extranjera considerada tóxica e injerencista (no sin poca razón, la más de las veces) de sus tierras. Tal es el caso de la rebelión de los bóxers en 1900, dando pie a las potencias extranjeras a incursionar en el territorio chino y librar una guerra contra el gobierno que, presionado por los rebeldes, se vio obligado al conflicto. Con la insurrección aplacada y la posterior capitulación de China, las naciones extranjeras tuvieron la oportunidad de ampliar su injerencia en el territorio. Así Rusia estableció su ejército en Manchuria, generando fricciones con Japón y despertando la susceptibilidad del Imperio británico. Una serie de acuerdos bilaterales entre el gobierno ruso y el japonés mantenían los ánimos calmados, pero con el término de la construcción de los ferrocarriles transiberiano y Transmanchuriano, y con ello el efectivo domino de los rusos en el área, los japoneses que, dentro de su territorio y con las victorias de las recientes guerras estaban empapados de un sentimiento nacionalista y un militarismo que se había posicionado dentro de las esferas gubernamentales en detrimento de los oligarcas, establecen una alianza con Inglaterra (1902) para intentar ponerle coto a la expansión rusa.

Luego de muchas infructuosas negociaciones entre los gobiernos de Tokio y Moscú sobre los territorios de Corea, Manchuria y Mongolia esta última donde los rusos aspiraban a establecer un protectorado, Japón, para sorpresa de todos decide declarar la guerra en 1904 realizando un ataque sorpresa en Port-Artur[11] (ubicada en el extremo sur de la península de Liaodong en la actual República Popular China), logrando el bloqueo del puerto. Tras varias derrotas sufridas por Rusia en batallas navales y terrestres, para asombro del mundo, Japón obliga a los rusos a capitular el 5

de septiembre de 1905. La victoria japonesa sobre Rusia es catalogada por el ensayista y novelista indio Pankaj Mishra como el acontecimiento que le comenzó a dar forma al mundo contemporáneo.[12] Japón refirmaba su protectorado sobre Corea (lo que acarrearía la total anexión del territorio coreano en 1910) y Rusia estaba obligada a ceder los derechos obtenidos en los territorios chinos así como los derechos sobre el ferrocarril de Manchuria.

De esta manera, Japón obtenía el mérito de ser la primera nación asiática en derrotar a una potencia occidental. Del mismo modo, ciertos episodios y personajes ayudarían a inyectarle una carga de patriotismo al escenario posbélico, haciéndole un grueso favor al ala militarista, al glorificar conductas como la del general del Ejército Imperial Japonés Nogi Maresuke, héroe de la guerra ruso-japonesa quien al enterarse de la muerte del emperador Meiji se realizó el suicidio ritual fiel a la práctica samurái de seguir a su maestro (en este caso el emperador) hasta la muerte.

Con la combinación de una política diplomática acertada, un avasallante y sostenido crecimiento económico, y la consolidación de un aparato militar poderoso y disciplinado, los japoneses le hacían honor a su famoso lema de "nación rica ejército fuerte". Consolidándose como el país asiático de mayor supremacía en la región y un temible competidor en la escena internacional, encontrándose a la par de las potencias imperialistas de occidente, haciéndose merecedor con toda propiedad para el término del período Meiji del epíteto de Imperio japonés.

4. A modo de conclusión

Si bien es cierto que la Modernidad es una categoría que se refiriere a los procesos sociales e históricos originados en la Europa occidental en el ocaso del Renacimiento, teniendo como base la lógica y la razón ante una negación de los valores tradicionales, no es menos cierto que la Modernidad como concepto alude a la creación de una nueva forma de pensar, una actitud de verse y sentirse en una transición superada de lo nuevo frente a lo viejo (independientemente del contexto histórico, perdiendo una referencia histórica fija), que posee inclusive una nueva estética. Entonces es justo decir que para el mundo en general y para la sociedad japonesa de este período en particular, Modernidad es panacea y anhelo de lo occidental, siendo a su vez modelo, propuesta e imposición de, y desde Occidente.

La experiencia del tránsito de Japón hacia su modernización, se nos presenta como un termómetro idóneo para medir el éxito que la cultura occidental ha tenido para absorber a las más diversas sociedades. Y decimos

que es "idóneo", porque Japón ostenta aspectos intrínsecos a su cultura e historia, que dan cuenta de una sólida cohesión en lo que a valores, tradiciones, símbolos y creencias se refiere, y que ha venido amalgamándose, nos atrevemos a decir, como pocas en la historia de las naciones. Japón es heredera como nación de una cultura milenaria y como tal, poseedora de una riqueza cultural propia e incuestionable. El pueblo nipón a lo largo de los siglos ha tenido la increíble capacidad de asimilar aspectos culturales foráneos y hacerlos suyos, dándole su propio cariz, sin que esto signifique el sacrificio de su propio acervo cultural. Es esta, otra de las lecciones que este pueblo milenario nos ofrece a las sociedades y naciones menos longevas, y de la cual sabremos servirnos si nos alejamos de los complejos y negaciones chovinistas con los que algunas posturas recubiertas de envestiduras políticas nos quieren condenar desde este lado del mundo.

Notas

1 Para una revisión más exhaustiva de una primigenia incursión occidental en el marco de las relaciones comerciales y de una efímera permanencia en cuestiones de fe, con todo lo que ello conlleva (cuestión que a nuestro juicio se le ha restado importancia como factor occidentalizador inicial), véase (Withney, 1973: s/p).

2 "*Taihei no, Nemuri o samasu, Jokisen Ttata shinai de, Yoru mo nemurezo*". La traducción literal del poema es. "Despertarse de un sueño, de un pacífico tranquilo mundo por el té jokisen; con sólo cuatro copas de él, uno no puede dormir aún por las noches". Pero tiene ese doble sentido propio de un tipo de tanka, llamado kiyoka que se caracteriza por ser irónico y satírico, y que fue especialmente popular en la segunda mitad del siglo XVIII." (Okada, 2007).

3 *En ese tratado se establecía la apertura de los puertos de Nagasaki, Shmioda y Hakodate; el suministro de avituallamiento y combustible para los barcos; el permiso para la apertura de un consulado… y la aceptación de una cláusula que sería en adelante la base de sus tratados futuros en el área, la de nación más favorecida"… "El éxito Estados Unidos abrió las puertas a las otras naciones europeas, ansiosas por fijar tratados con Japón. Así entre los años 1854 y 1857, los británicos, los rusos y los holandeses, negociaron tratados separados, los cuales guardaban gran semejanza con el firmado con Estados Unidos*." (Tanaka, 2011:184.).

4 "Antes de la Restauración Meiji, la literatura japonesa se podía dividir en tres géneros: 1)el diario, con una amplia tradición y prestigio que se remontaba a la era Heian, que se dividía en el diario propiamente dicho como un registro de sucesos y experiencias personales, que adquiría un carácter literario según la importancia de la persona que lo redactara y, claro está, según sus cualidades intrínseca; y el diario de viajes, por lo general escrito por monjes y peregrinos; 2) la poesía, siendo esta la de mayor prestigio y 3) los cuentos, casi siempre de

corte fantástico, inspirados en un riquísimo folklore o en las diversas antologías recopiladas a lo largo de los siglos. No existía la novela como tal como se conocía en Occidente, aunque algunas formas más o menos parecidas, cercanas al folletín y ubicadas en lo que podríamos llamar cultura del entretenimiento, gozaban de gran popularidad y eran solicitadas por miles de lectores" (Quintero, 2013: 82-83).

5 "… su estilo sobrio y moderno y la calidad de su escritura merecieron los elogios y la admiración de escritores muy dispares de diferentes épocas como Junichiro Tanizaki, Osamu Dazai, Yukio Mishima y el mismo Ryunosuke Akutagawa" (*Ibíd*.:95).

6 "Poder establecer mis propias reglas significó un nuevo comienzo, debo confesar, y me ayudó a hallar lo que consideré debía ser la tarea de mi vida. Resolví escribir libros y decir a la gente que no necesitaba imitar a los occidentales, que correr ciegamente tras otros sólo les provocaría una enorme ansiedad. Si podía explicárselos con pruebas firmes, ello a la vez me daría placer y los haría felices. Esto era lo que deseaba realizar" (Soseki: 2016:464).

7 "Tal vez la civilización occidental sea dinámica y progresista, pero está construida por hombres destinados a vivir con frustración… " (*Ibíd*.:475).

8 " La divinización del Emperador japonés, tanto como jefe de Estado como de la religión Shinto-religión sui generis de la etnia japonesa que, en el periodo Meidyi, fue oficializada-, conjuntamente con el parnasianismo… constituyeron factores de desarrollo de la <<ideología>> bélica del expansionismo con justificación japonesa, según la cual la guerra antioccidental, bajo el liderazgo de Japón serviría para liberar a aquellos pueblos que en Asia sufrían por el colonialismo político y económico de Occidente. Esta particular <<ideología>>, únicamente japonesa, fue denominada <<ultranacionalismo>> japonés y se ha examinado ampliamente después de la Segunda Guerra Mundial" (Asomura, 1997: 151).

9 "Lejos de criticar o condenar a los japoneses por sus agresiones, los occidentales los aplaudían como aventajados discípulos…" (Ibíd.: 105).

10 "…los japoneses comenzaron a pensar que las guerras eran algo inevitable para la supervivencia y aun para el progreso de su país, a pesar de los costosos sacrificios que producían" (Ibíd.: 106).

11 Esta misma estrategia sería usada por Japón años más tarde en el ataque naval a Perl Harbor el 7 de diciembre de 1941.

12 "Por primera vez desde la Edad Media, un país no europeo había derrotado a una potencia europea en una guerra importante; y la noticia se propagó rápidamente por todo el mundo, un mundo al que los imperialistas occidentales –junto con la invención del telégrafo– habían conferido una estrecha interdependencia" (Mishra, 2014:19).

Referencias

Aguirre, C. (2008). *Antimanual del mal historiador* (*o como hacer una buena historia crítica*). Caracas: Fundación editorial El perro y La rana.

Asomura, T. (1997). *Historia política y diplomática del Japón moderno*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Benedict, R. (2006). *El crisantemo y la espada* (*Patrones de la cultura japonesa*). Madrid: Alianza Editorial.

Buruma, I. (2003). *La creación de Japón, 1853-1964*. Barcelona: Grupo Editorial Mondadori.

Camps, E. (1974). *La estructura precapitalista de Japón bajo los tokugawa (1603-1867)*.Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Collates, F. (2008). *El Milagro japonés y el desarrollo del Lejano Oriente*. Zaragoza: Universidad Zaragoza.

García, E. (2011). *Cultura visual en Japón* (*Once estudios iberoamericanos*). México, D.F: El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África.

Guzmán, E. (1991). *Influencia del "código" moral Bushido en el proceso de modernización y occidentalización del Japón en el período de la Restauración Meiji* (1868-1912).Mérida-Venezuela: Tesis de grado, Universidad de Los Andes.

Michiko T. (2011). *Historia Mínima del Japón*. México D.F: El Colegio de México.

Mishra, P. (2014). *De las ruinas de los imperios, La rebelión contra Occidente y la metamorfosis de Asia*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2014.

Ogai, M. (2001). *Vita sexualis (el aprendizaje de Shizu.*). Madrid: Editorial Trotta.

Sakamoto, T. (1993). *Breve historia del Japón*. Caracas: Academia nacional de la Historia (El libro menor).

Okada, T. (2007). *La llegada de los barcos negros, precipitando la caída del régimen feudal de Tokugawa y la modernización de Japón*. Barcelona: Casa Asia Editorial.

Quintero, E. *(*2013). *Akutagawa, el elegido*. Caracas: Bid &Co Editor.

_____. (2013). *Tanizaki el paradigma*. Caracas: Bid &Co Editor.

Soseki, N. (2016). *Mi individualismo* (discurso de 1914), citado en El discurso de Natsume Soseki ("La civilización del Japón contemporáneo", de 1912, y sus advertencias sobre la modernización de Japón). México D.F: *Revista del Centro de Estudios de Asia y África* (CEAA), Colegio de México (Colmex), volumen 51 (3), número 161.

Withney, J. (1973). *El imperio japonés.* Madrid: Siglo XXI Editores S.A.

Zabala, A (1995). *Textos de la filosofía japonesa moderna*, Volumen 1. Michoacán: El Colegio de Michoacán.